













# La isla de los pájaros

Oliverio Arreola obtuvo el premio único de poesía en el Certamen Estatal de Literatura “Laura Méndez de Cuenca”, convocado por el Gobierno del Estado de México, a través de la Secretaría de Cultura y del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal, en 2016. El jurado estuvo integrado por Guadalupe Cárdenas y Abraham Morales.

*Leer para lograr en grande*

COLECCIÓN LETRAS



poesía



OLIVERIO ARREOLA

# La isla de los pájaros



GOBIERNO DEL  
**ESTADO DE MÉXICO**

Eruviel Ávila Villegas  
Gobernador Constitucional

Elizabeth Vilchis Pérez  
Secretaria de Educación

Eduardo Gasca Pliego  
Secretario de Cultura

Consejo Editorial: José Sergio Manzur Quiroga, Elizabeth Vilchis Pérez,  
Joaquín Castillo Torres, Eduardo Gasca Pliego, Luis Alejandro  
Echegaray Suárez

Comité Técnico: Alfonso Sánchez Arteche, Félix Suárez,  
Marco Aurelio Chávez Maya

Secretario Técnico: Ismael Ordóñez Mancilla

*La isla de los pájaros*

© Primera edición: Secretaría de Educación y Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de México, 2017

DR © Gobierno del Estado de México  
Palacio del Poder Ejecutivo  
Lerdo poniente núm. 300,  
colonia Centro, C.P. 50000,  
Toluca de Lerdo, Estado de México.

DR © Ciudad Deportiva “Lic. Juan Fernández Albarrán”,  
Deportiva núm. 100, colonia Irma Patricia Galindo  
de Reza, C.P. 51350, Zinacantepec, Estado de México.

© Oliverio Arreola Ceballos

ISBN: 978-607-495-561-3

© Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal  
[www.edomex.gob.mx/consejoeditorial](http://www.edomex.gob.mx/consejoeditorial)  
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal  
CE: 205/01/18/17

Impreso en México

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

Un día se detuvo un pájaro, por un instante, en mi ventana, extraviado. Nunca llegan hasta el piso 25; venía expresamente a buscarme a mí. Lo reconocí pero mi torpeza me impidió abrirle. Dijo algo que no entendí, y descendió verticalmente. Cuando me quedo solo, aquí, por las tardes, trato de recordar su rostro, pues tenía un rostro distinto (todos los pájaros lo tienen, inconfundible con los otros [...]). Y traté de recordar, y trato de recordar, la expresión de su rostro, y descifrar el mensaje que subió a decirme. Sé que era algo en que se mezclaba la lejanía, la soledad y el frío (No. No era un ángel, los ángeles son crueles).

GILBERTO OWEN

“Carta a Josefina Procopio”

Filadelfia, 3 de agosto de 1948



# TIERRA INHÓSPITA



Si vuelvo alguna vez  
será por el canto de los pájaros.

EUGENIO MONTEJO







Trino. Toda luz es un relámpago; de un ángel, el último gorjeo.

## Pájaros

*Los pájaros mueren secretamente escritos.*

No en esta hoja  
ni por el golpe de una piedra que cruzará certera el ala  
y dejará su mancha de arcilla seca al cielo.  
Morirán por esa piedra que revienta plumas en el aire,  
metáfora de un ángel —al viento— desgarrado.

Los pájaros mueren secretamente escritos.  
Sus plumas son la sombra de su canto,  
el trino que se esparce por las manos  
al despejar su verso en otro vuelo.

Los pájaros escritos secretamente mueren,  
su sangre rueda roja y sorda por el viento.  
De muerte, no hay mácula en su sombra.  
La página se ensucia  
(cae un pájaro en la hoja).

Los pájaros escritos secretamente mueren.

## Ataques de ansiedad

Una almohada en la cara y no respiro. Otro ataque y mi cuerpo se detiene. Un pájaro ciego cruza por mi pecho y comienza de nuevo su canto con arritmias. Se cierra mi garganta. Todo el aire, un mar inmerso de ahogo y sedimento. No encuentro bocanadas. Todo muere como un gorrión de alas rotas batiéndose en un vuelo, sangrante hacia el abismo, cayéndose en picada.

Despierto y no respiro. Se agosta mi garganta. Todas las jaulas del hombre son antiguas. ¿Es esto el vacío? ¿La forma de saberte y de dolerme?

El aire se detiene. ¿Qué puedo respirar si no la muerte? Todas las jaulas del mundo son las mismas. Tu cuerpo, tu voz, son el vacío.

La misma oscuridad que nos aterra. La misma jaula. ¿Qué necesidad es ésta de saberte? Qué dura, qué fría toda la muerte. Qué inmensa es la noche del olvido.

Deslumbramientos. Cruza el cielo un ángel o ¿es un pájaro?  
Certera, el ala corta el silencio.  
Un gorjeo se precipita por la copa al aire,  
Se abre el canto.  
Brotó la luz bajo el relámpago del vuelo.\*

\* El canto de los ángeles habita el cuerpo de los pájaros, lo colma de relámpagos, alberga con sus trinos su presencia, y alumbra toda sombra. ¿Acaso son dos lámparas sus alas, el faro que guía al marinero, el norte que asumen los albatros, ciertas parvadas que se pierden por el bosque? El canto de los pájaros es apenas ese piar incesante.

El trueno del relámpago: su canto más funesto.

## Icaria

Uno puede hallar un pájaro en su sangre  
y, de pronto, verlo izarse hacia su vuelo,  
montar un árbol, saltar entre sus ramas.  
El árbol se encenderá de rojo en sus pigmentos  
al descubrir sus himnos por su savia.

Pero el pájaro hallará de nuevo ese vacío,  
la angustia ajena por encontrar el viento,  
sus plumas abiertas al abismo,  
su honda turbación, el paso ciego entre las nubes,  
el vértigo en sus alas.

Uno puede hallar un pájaro en su sangre y descubrir  
que también tiene su jaula,  
(su cárcel para adentro).

El pájaro no sabrá nada del vuelo,  
menos aun de los relámpagos del canto  
si en su corazón no late el sueño  
ni el hondo ruiñeñor de las mañanas.

Uno puede encontrar un pájaro en su sangre,  
y despertar crepitando con su trino  
llenarse de aire,  
saberse rama,  
ave  
lanza,  
cortante flecha hacia el vacío.

Pero el verdadero pájaro de uno no es su canto  
ni el paso ciego hacia la nada.  
Aquí, en mi pecho, un verdadero pájaro me habita.  
Su trino, las palabras.

## Ataque de ansiedad a medianoche

Debo estar lejos  
o los pájaros habrán enmudecido

EUGENIO MONTEJO

Hay perros que atraviesan la noche muy enfermos.

Perros de rabia que, ladrando, azotan a mi puerta. Perros que, de pronto, con sus uñas la rasgan y desuellan y, con sus cascos puntiagudos, revientan por los muebles. Perros, perros salvajes me despiertan.

Vienen. Se acercan, se oyen. Destrozan por la sala, arrecian mis cortinas, mis ventanas y brincan por mis muebles. Perros que gruñen y me muerden. Ladrán. Perros. Perros de rabia. Siento su hocico en mis costillas, sus patas arañando por mi cama. Son fuertes sus gruñidos, sorda su garganta; su honda pestilencia, me aniquila, me acorrala, casi me ahoga su tufo, la vasta fetidez de su pelaje.

Perros. Son los perros asesinos. Me acercan sus colmillos de salitre, sus lenguas sulfatadas, sus babas de komodo. Perros ataques de la náusea. Perros. Perros de rabia. Siempre los perros predadores de la noche.

## Primera ascensión

La libertad de un pájaro es su canto,  
la parte espiritual de alpiste y jaula  
que deja entrever entre sus dientes  
y, en el pico dorsal, su trino contenido;  
la libertad de un pájaro es su batir de alas  
[como un gorrión de fuego],  
un ángel empotrado buscando la corriente  
antes de hallar su cauce al agua  
y su pecho retante hacia el vacío.

La libertad de un pájaro son sus alas.  
La terredad más dura de su sueño:  
su caída, la sed de su plumaje,  
el ángel más terrestre de los vientos,  
la ruda combustión —hélice y sangre—.  
La terredad de un pájaro: su abismo.



## Cuerpos

Frente al espejo, los ángeles también se ven desnudos  
Se cubren el rostro con sus alas y se secan el llanto entre la pelvis

Frente al espejo, los ángeles también están desnudos  
Descubren su piel amoratada: llevan los golpes del deseo

Frente al espejo, los ángeles también se ven enfermos  
Sufren las fiebres de sus bocas, muslos, vientres, miembros  
Se fustigan entre piedras como gárgolas y —a solas— lloran  
Como yeso seco se derrumban  
Se escuecen entre lava y sus venenos

Frente al espejo, los ángeles —también— se ven desnudos  
*Por la carne también se llega al cielo*

## Ejercicios natatorios

Uno se lanza a fondo por la alberca y se detiene a los tres metros bajo el agua para iniciar a nado (pingüino o nutria, león marino o foca de alas abrazadas).

Uno se lanza a fondo, o en picada, como albatros, y puede descubrir las plumas en su sangre.

Uno puede sumergirse, abrir los brazos, seguir a nado, batir rápido sus alas, romper sus diestros remos en el cauce.

El vuelo interno bajo el agua es carne e incendio. Cuerpo a nado. Caída y vértigo.

¿Sentirá el gorrión el mismo ahogo sobre el aire?

¿La misma muerte, cuando va en picada hacia el vacío?

## ¿Dónde, el canto de los pájaros?

Cuando el hombre  
se encuentre consigo mismo,  
sea el ángel que buscaba en el mundo

HOMERO ARIDJIS

Uno sale al mundo con el rostro de la tierra  
y sólo halla guijarros de los árboles,  
truncos, retazos de corteza y de madera,  
rocas que fueron ruinas, himnos en la noche,  
pequeñas gotas de rocío, pedazos de lo Eterno por el bosque.

Uno sale al mundo y quiere conocerlo,  
tomar su crucifijo,  
mirarlo todo en ruinas,  
saber que viene herido y abrazarlo.

Uno sale a mirarlo todo por el mundo  
pero ya no huele a bosque su madera  
ni a esa entraña tibia de la selva en que los ángeles migraron.  
Uno sale al mundo y ya no huele a menta  
ni a resina de eucalipto u oyamel, encino, cedro o pino viejo.  
Uno sale al mundo y se pregunta:

¿Qué fue de las ramas y los árboles?

¿Qué terribles dioses os talaron?

## Rapsodia. Primera curación contra la ansiedad

Si estoy entre tu sexo nada muere. Te afianzo por el cuello y te ahogo con mis manos.

Comerte por el sexo es verte espasmos, remar sobre ese mástil, gritar la vista a tierra.

Vuelo. Si abro los ojos un pájaro se muere\*  
Cierro los ojos: se sacude un ángel.

\* En el interior de mis párpados habita un pájaro. Mis pestañas son su jaula, los pupilos en mis pupilas fuerzan su condición a nido. En esta luna córnea su canto es cristalino. Si ensucia la retina su piar es lamentable, despierta su ojo al alba y es manantial, fuente incansable, rocío de la mañana. Si levanto los párpados, vital se lanza al vuelo. Toda la noche duerme [toda tiniebla es ígnea].

Mas, al alba, a un relámpago de luz un pájaro se abre.

## Rapsodia. Segunda curación contra la ansiedad

Si estoy entre tu sexo nada muere. Te afianzo por el cuello y te asfixio con mis manos.

Comerte por el sexo es advertir ataques de ansiedad, arritmias, convulsión, que entiendas el ahogo.

Comerte por el sexo es volcar la intensidad, un verte espasmos, remar sobre ese mástil, gritar tu vista a tierra.

Convulsión. La ansiedad es un pájaro sin sangre.\*

Tu sexo, una ráfaga de aire con vértigo en picada.

\* La sangre en convulsión no lleva alas. Es un viaje por el aire directo contra un muro. La sangre en combustión es un sulfato, una ranura hacia el carbono de mi asfixia: cada respiración una hecatombe, una esperanza con formas de suicidio. Voy por mi sangre con un vuelo que no cesa, cada espasmo una caída hacia el abismo.

Y, a cada derrumbe, sin embargo, el aleteo.

## Rapsodia. Tercera curación contra la ansiedad

Si estoy sobre tu sexo nada muere, no hay arritmias, convulsiones, transpiras en mis manos. Si asciendo por tu sexo hay hidratos, pulmones en mis venas, oxígeno en mi sangre. Si estoy sobre tu sexo todo avanza, ay, prospero. Tu tórax en mi lengua, glande, labios, ingle, los bíceps en mi boca. Si estoy sobre tu sexo soy demonia\_vagina\_glúteos\_hambre; pecho\_muslo\_espalda\_empeine\_el diablo; saliva por tu cuerpo, mi arritmia: tu garganta.



## Pasajero

Quizá el vuelo no está donde las alas  
y sí en el pájaro que esconde el vértigo al vacío.

Tal vez el pájaro tampoco se descubra entre su cuerpo  
y sólo sea un relámpago que pasa,  
un alma inescrutable que cruza por el viento.

Quizá su canto tampoco esté en su brasa, la fuerza de su trino,  
y sea su melodía [del pájaro que cruza]  
mensaje indescifrable de lo Eterno.

Polvareda. El polvo en remolino es la otra forma de los pájaros.\*

Otra forma de la arcilla que —en parvada— se remonta al vuelo.

\* Y el primer dios sobre la tierra le dijo al primer hombre:

—El cuerpo de un hombre es arcilla de estos pájaros. No tendrás alas, pero aunque duermas, sueñes o descanses sobre la tierra, vivirás como un pájaro que reposa su cuerpo en una rama. No tendrás alas, pero honrarás el canto. Y en tu alma siempre se elevará un pájaro con ellas.

## Albatros

Por distraerse, a veces, suelen los marineros  
dar caza a los albatros

CHARLES BAUDELAIRE

En lo alto, abre su brújula el albatros  
y, mar adentro, suele mostrar la ruta más propicia al marinero  
que fija rumbo con mapa y con sextante.  
Sus alas son apenas horizonte, viento aciago, aviso del escampo o  
[la tormenta.  
Su cuerpo es un ejemplo de varadas avionetas y gruesos dirigibles  
que cruzan contra el viento, un gordo aerostato que enciende su  
[gorjeo  
apenas divisar la vista a tierra.  
Mísero el albatros evita tolvaneras y turbios ventarrones, y lleva a  
[buena tregua  
su procesión de enjambre, sus rápidas parvadas a un cielo  
[clandestino.  
Mísero el albatros, abandona sus grandes blancas alas y reta a las  
[corrientes.  
Mísero el albatros, encuentra todas las piedras que le arrojan  
[marineros  
y se lanza contra el agua y reta con su pico a contrafuego.  
Mísero el albatros, descubre sus pistones navegantes en el aire.  
Mísero el albatros, deja de croar como las ranas y reta a sus batientes.

Mísero el albatros, descansa de sus plumas y sus remos.

Mísero el albatros, rompe el mástil.

Mísero el albatros, sangra.

Mísero en el agua,

el albatros

cae.

## Hojas

### Caen, caen

las  
hojas  
caen los muros, árbol, cáscara,  
y madera

Cae el otoño  
La hoja (tal vez, también cae el albatros  
quizá su ala  
tal vez su pluma  
o su alma sola)

Quizá solo la hoja  
Caiga ya sin alma  
y sea sólo la hoja Cáscara / Bagazo  
hoja muerta  
Pero quizá también la hoja no sea  
sino el poema  
algo que pasa volando  
un ángel que cruza ciego por el viento  
un pájaro cayendo en seco

un alma que se desprende de su vuelo

Cae un alma

Cae

## Confesión

Confieso que no me hace falta verte

CORACHE GARCÍA

**Confieso que no me hace falta verte.** Que abro los libros y aparto noche a noche tus regalos; que hago mis días, voy al súper, veo tele, salgo al parque y sigo leyendo el mismo libro de hojas verdes y ya no intento llamarte los sábados.

Confieso que —a la vuelta del trabajo— tomo, como siempre, mi trayecto, calles, sombras, nombres, y allí siguen... los tus mis nuestros lugares, las citas, los antojos y aquel lugar del Oxxo por las nueve.

Confieso que tampoco me haces falta. Salgo al cine, hago yoga, cocino en las mañanas y ya no despierto por las noches. Confieso que ayer quemé tus cartas, limpié de ti mi casa y ya no han vuelto las arritmias.

Confieso que ya por fin no hay cabos sueltos, que ya no hay un fin ni un ya no hay nada, que ya todo se ha ido a la chingada, que ya borré tu nombre, tus fantasmas. Confieso que ya nunca no me haces falta.

Confieso: tu nombre es una tumba.





# PASAJERO A ÍTACA



Alguien puede decir “esta es mi calle”

Viví en Matamoros, Juárez, Lerdo y ahora en Lago Nexpa. Antes, pasos, sombras, huellas; rastros de tierra o calles empedradas. Ahora sólo acera y pavimento y un parque al frente donde los pájaros incendian las mañanas. He vivido en otras calles, en el 207 de Tres Palos, por ejemplo; pero siempre fueron los pájaros quienes alumbraron mis mañanas. Caminaba por Colón, Carranza y el Circuito. Por cinco años, luego diez: Paseo Universidad, se retrasaron mis zapatos en los libros, anidaron en ellos, fueron pájaros de otro cielo que cantaba, de otras alas que al abrirlas fueron sílabas, palabras, pequeños silbos de otras aves enjauladas en las hojas.

Pájaros y calles, libros y palabras fueron mi ciudad por mucho tiempo. Amé sus arboledas, sus hojas muertas cayendo en el otoño, más vivas en mis pies, al lento crujir de la hojarasca. Ciudad Universitaria es una página que llevo entre mis libros. Una ciudad dentro de otra, abierta al tiempo.

Pero nada es nuestro.

Viví en esta ciudad, la hice mía. La más mía y un poco para adentro.

Alguien puede decir: ¿Esta es mi calle? ¿Aquí mi sombra? ¿Es mío el canto de los pájaros?

## Ciudad adentro

Por esta calle también se llega a Ítaca.

Piedras, pasos, sombras, alguna enredadera  
y en la otra esquina está esperando Ulises.

Quizá no encuentres perlas ni sándalo  
ni albahaca ni al hombre de la esquina vestido al bogavante.  
Tal vez tampoco descubras las gaviotas teñidas de palomas  
o de ángeles silvestres comiendo de los pisos.  
Si no lo llevas dentro, Ulises no estará en tales pájaros  
ni en puertos para el ave ni siquiera en los Portales  
después de misa, los domingos.  
Ulises no es un hombre común que ame las palomas  
y se siente a contemplarlas arrojándoles semillas entre sus picos.

Afuera de esta calle también se levantan anclas  
pero quizá no encuentres la nave al bogavante,  
las velas, el carajo, la proa y sus remeros.  
Hallarás tan sólo pájaros cruzando por la tarde la Alameda,  
un sol azaroso de mañana a punto de ser niebla  
y las cuatro estaciones —más el tren— en agosto o en febrero.

Por esta calle cualquier taxi va al Egeo  
Pone a Helena en zapatillas, bolso, falda y prenda sexy  
y se encuentra con Ulises en el cine,  
comen pizzas, sushi, chorizo verde, colaciones;  
se torna Circe y no deja que se marchen sus barqueros.

Por esta calle también se toma un auto  
y allí en la ventanilla descubres esas torres,  
Los Jaguares, una farmacia, los zapatos,  
plaza Arratia con payasos y el mimo del silencio.

Mas no es Ulises quien encalla  
en la otra esquina, el portal, la fuente, el campanario,  
la plaza de los Mártires...  
Un hombre se acerca con una cicatriz a media pantorrilla  
y se descubre el rostro desdentado de tanto navegar en el destierro.  
Todo Ulises está en uno mismo.  
Si en uno mismo a él se lleva adentro.

No esperes a tu Ulises sino al final de tu lenta travesía.

Afuera de esta calle todo es Ítaca.  
Y en la otra esquina una mujer está besando a su Odiseo.

## Ígnea

Cada hombre descubre el vuelo en sus heridas  
y, de pronto, lo ves sangrar disperso  
prodigando entre los suyos  
su licor más precioso, el vino de sus venas.

Después uno lo ve partir sobre las piedras,  
pintar de rojo la cantera, los caminos,  
abrirse paso entre sus llagas.  
Uno lo ve pasar descalzo, desprovisto,  
hacerse el sucio, el torpe, el desprendido  
y salir, al descubierto, sin plumas y sin alas.

Uno ve partir su sangre,  
dispersarse, ser polvo, alzarse en vuelo  
y descubrir entre sus manos  
un canto, un torbellino, su voz quejosa por el suelo,  
la suave hendidura de un relámpago.

¿Quién fue?, ¿qué fue de él?  
Su alma se pregunta:

¿De qué tamaño son sus alas?

¿Qué pájaros, en su sangre, se gestaron?

## Metrópolis

**Un hombre escribe una ciudad.** Traza sus mapas. Ur, Atenas, Babilonia, primera Tenochtitlán. Centra una piedra al punto o ¿es un dolmen? Una ciudad arcaica, perfecta, entera, encima de otra y otra. Una nueva metrópoli sobre la historia. Barro, tundra, bosque, palafitos. Roca y dolmen. Tablilla y argamasa. Antiguos soles alumbran a esta urbe desde dentro como una madre piedra o roca ígnea. Un dios de fuego la contiene y la agigantan los hombres de las piedras. Pirámide o cenizas. Templo, ruinas, catedrales; palacios y museos, y calles empedradas.

Un hombre escribe esta ciudad y sus cuadrantes. Rutas, curvas, sus circuitos y uno que otro callejón de asilo a sus amantes. Esta ciudad viene de lejos, la habita un hombre. Uno levanta los guijarros de la tierra: la ciudad es polvo de nosotros. Uno escribe una ciudad sobre sus piedras. Nada hay sobre la tierra que no vuelva a ser nosotros. Sólo eso somos: polvo.

La ciudad, el polvo de uno mismo.



## Pasajero a Ítaca

A esta ciudad la cruza un pájaro; y no es Ulises.

Noches, hombres, sombras,

apenas las tinieblas que hacemos de uno mismo.

No es un mar esta ciudad,

pero ¿qué calle es ésta?, ¿qué torre su arrecife?

Una saeta surca el aire, franquea un trino.

Esta torre, el otro cable, aquella rama, el campanario son un puerto

[para el ave;

apenas otro mástil al que atarse, para escuchar sus himnos, sin cera

[en los oídos.

A esta ciudad la cruza un ave, ¿quién le canta?

El murmullo de la gente, su garganta, el ruido de los cláxones;

[también el alarido.

El viento sigue sus gaviotas, a veces los albatros.

Pero ¿quién pone pie a tierra o leva anclas?

¿Quién decide qué café, hostel, un bar entre dos copas;

o se juega el látex [muslos, labios, ingles] a la sombra?

¿Quién murmura, quién se asoma?

Un pájaro que canta a media tarde no es Ulises.  
Es apenas la noche que nos llega entre farolas  
y nos guía a la Vitrola, música, cervezas y dos caballos de tequila;  
también quizás sea la nostalgia de unos versos navegando entre  
[dos remos,  
el canto ahogado de sirenas que no llegan o de marinos que, sobre  
un brazo de madera, siguen entonando  
del agua sus deshielos.

El hombre que deambula por la calle a medianoche no es  
Ulises.  
Ni esta ciudad oscura del medievo son las ruinas de Ítaca.  
Esta ciudad crece en silencio.  
Si canta un pájaro se entibia. “Nunca más”, si lo hace un cuervo.  
¿Quién canta el grajo de la noche si no es un pájaro nocturno?

Por esta calle también se llega a Ítaca, y no es una avenida.  
Tan sólo está empedrada. Cantera, basalto, feldespato, sílex, polvo  
[suelto.

Aquí los pájaros encallan. Sueltan sus huevos desde el aire y se  
[hacen pájaros sus alas.  
Un gorrión nocturno suelta su tarro de cerveza y queda ciego en  
[una barra.  
El capitán albatros, discreto, se retira a media madrugada.  
Aquí, a medianoche, cualquier hombre es un marino a media asta

y todo hombre es Ulises.

Un pasajero a Ítaca que leva anclas justo a medio vuelo.

Si esta ciudad no es un cielo despejado,  
¿por qué la cruzan los pájaros nocturnos?

## El dios salvaje

También les llamaban del nombre de red [...] porque cuando a su ídolo le sacrificaban alguna persona, por sacrificio le echaban dentro de una red, y ahí le retorcían y le estrujaban con la dicha red hasta que le hacían echar los intestinos.

FRAY BERNARDINO DE SAHAGÚN

Mientras escribo este poema creo estar esculpiendo, tallando bloques de piedra con un cincel de hace más de dos mil años. Formas circulares y concéntricas, y pequeñas columnatas que ahora serán ruinas, fragmentos arqueológicos, sitios de turismo. El golpe del martillo me recuerda a un dios antiguo del trueno o del relámpago, y al instinto señorial en que ancianos sacerdotes molían en una red a un conjunto de hombres en señal de sacrificio. La luz de ese relámpago me ciega igual que el peso de la lluvia y su ahogado dios que aún nos inunda en esta tierra.

Aquellos bloques de piedra los seguimos tallando y esculpiendo: latón, madera, aluminio, hierro y vidrio primigenios la hacen ver aún más gris o, incluso, transparente mientras nos llueve el mismo dios que hace más de dos mil años nos devastaba las cosechas y, con la misma red antigua del hambre y de la ofrenda, le inmolamos nuevos hombres en las piedras, los mismos sacrificios.

Esta ciudad sigue siendo aquella mientras escribo este poema. Su dios persiste siendo el mismo, el dios salvaje de los hombres que exige la sangre de los otros.

## Hosquedal

Una ciudad tiene su puerto  
Lo mira andar, ir y venir en marejada  
Lo ve nacer, echarse al mar, henchirse de años y encallarse  
Asir su Circe, buscar su Telemaquia  
Después —poco a poco— internarse calle adentro  
Descubrir ese misterio:  
hostal, poblado, comensales  
un saludo, “buenas noches”, “que descanse”  
soñar, cenar, tomar cerveza,  
hallar las convulsiones de la noche,  
un cuerpo no nos basta (no remienda)  
Sabemos que para amar nada es suficiente: cuerpos, sexo, sueños  
Aquello que buscamos no es la calle  
la vida siempre a tope no nos llena  
Toda ciudad es un puerto al que encallamos  
nada está a salvo de nosotros  
nada nos salva  
ni siquiera nosotros de nosotros  
ni siquiera nosotros  
de uno mismo

## Pasión roja

Oh, Satán, ten piedad de mi larga miseria

CHARLES BAUDELAIRE

El satán de Baudelaire es otro diablo que no enreda, un accidente de sus flores que no patean balón ningún domingo. Pero en este *spleen* hay otra prosa que se juega la camisa en los partidos; sobre un césped verde gambetea, hace túnel, verticales, pasecitos. Ya de frente, junto al área, con su tensión de huesos indomables, empujones, pataditas, fuerza a faltas, mienta madres; desgarras las camisas mientras revienta la pelota en diagonal contra la muerte. En esta cancha roja hasta el pasto pierde el verde. El palco es un infierno alucinante de bengalas cuando una bola surca a gol y llega a fondo.

El diablo mayor es otra cosa. Nada de elixires de Hoffman. Sólo la tiza roja embadurnada hasta en el cuello, manos, brazos, ingles y en la boca de su porra el glorioso “Sí se puede”. Mira los goles correr de fondo a fondo mientras brota el rugido de cohetes, el humo de las luces, las bengalas y salen volando las camisas al grito bambolero.

La cancha es otro ajedrez de blanco y rojo. Nada hay de diablo en la camisa si no se ama la pelota. Nada en la resurrección de haber llorado un gol en contra al final de este partido.

## Cuarteta

La ciudad no es lo que nombro. Es la llave, el rostro, el polvo que  
[nos lleva.  
La ciudad no es esta imagen, la quimera. El acertijo, la clave donde  
[escondo  
este ir y venir. Tiempo y desierto. La arena suave del reloj contrito.  
Esta ciudad es todos sus muertos: la grande arena de lo infinito.

## Manifestación en plaza Mayor

En una marcha contra el crimen  
esta ciudad se llena de bisontes  
Llevan casco, gases, cerbatanas, armas contra asalto  
y escudo contra golpes  
Ellos no saben que se lucha mano a mano  
y también con las palabras  
que un golpe es dentellada, voz, grito primigenio  
que las formas de lo humano están  
en las tres o cuatro líneas de la mano  
y en el rostro que llamamos, tan pocas veces “nuestro”

La ciudad es lo que amamos  
Sus árboles feroces, iracundos: su aire irrespirable de caballos  
su hundimiento noche a noche  
su golpe a contragolpe de bisontes  
contra este rostro nuestro que es de todos  
El rostro de bisontes —también— su rostro “nuestro”



Nada permanece en esta calle, en esta aurora.

Nada espera en mí sino mi muerte.

Un árbol, una tarde, su mano roja ¿o es su mano en magma que me quema?

Nada nos salva en esta urbe, en estas piedras  
que a diario transitamos.

Levamos dólmenes y guijarros y luego a tierra los volvemos  
porque nuestra es la ciudad y en ella somos;  
nada morirá aquí, sólo nosotros.

La ciudad es el eterno polvo al que volvemos.

## La Soledad

El mundo de los vivos no conoce el  
fondo ceniciento de los párpados

ÁNGEL CAMPOS PÁMPANO

La Soledad es un panteón insobornable. Pasando la fachada el aire es frío como la sombra más oscura de un poema, como la luz cruda que se filtra por un témpano de hielo.

Ángeles y gárgolas por dentro resguardan nuestros muertos. Y acaso las cenizas. Bajo la tumba sólo se muere el polvo quieto de los muertos, los cuerpos no se mueren, la arcilla se hace antigua. La cal del cementerio entrega al camposanto de cierto olor ácido y amargo, tal vez un poco acedo; y, a veces, lo colma de un olor a incienso y a ceniza.

De la tumba nada tornará a la vida. Los muertos nunca vuelven. No hay resurrección. Ninguna alma cobra vida. Ningún Lázaro. Nada anda.

Aquí en La Soledad el lento mecerse de los árboles es himno. El silencio de los muertos, su jornada.

## Trazos

Si una ciudad se sabe en ruinas, corta sus mapas, sus desiertos.  
Abre la tierra y siembra su sangre: planta, semilla, pájaro, vuelo.  
Vierte su savia todo verdor,  
ay, y la sangre, arde en su amor.

Si una ciudad pierde sus prados, zanja sus atlas como sus campos.  
De entraña tibia ha de nacer: roca, madera y ciervos albos,  
y si descuida, ay, su vergel  
vierte su copa que sabe a miel.

Abre la tierra ya sus cenizas y brota un ave del hueco polvo  
como del barro un negro adán: ¡ay, qué tan solo!  
Sobre esta calle nada va bien  
cuando nos miran y no nos ven.

Una mirada se posa en otro. Grita en silencio. ¡Qué multitud!  
Si todos pasan, miran, sonríen; llegan, se van. Y ¿dónde, tú?  
Ay, ¡qué tan solo se debe estar!  
¡Qué desolada la soledad!

## Nomenclaturas

Una ciudad no tiene nada sin su nombre. Corteza, ruina, palafito. ¿Qué cosa cierta puede ser si nada le ama? ¿Si un ardoroso corazón no entibia un muro, enquistado de recuerdos las paredes, monumentos, casas grandes, fortalezas?

¿Qué puede ser una ciudad sin ríos de hombres que la habiten: que enciendan el griterío, que abran las ventanas ante el alba y el bullicio con las luces se disperse?

¿Qué puede ser un muro, esta calle sin un nombre, si las suaves tempestades que callamos, el lento huracán de la costumbre nos va llevando como presas al olvido?

Nada es esta ciudad. Nadie la nombra.

No existe sin memoria. Una ciudad sin nombre es olvido.

## Acuíferos

Bajo la acera de esta calle crece un Nilo.

Se abre paso entre sus cauces, cierto escombros  
y emponzoñado sedimento.

Su corriente tiene años de calzarse a un drenaje,  
a los tubos de concreto que revientan con la lluvia.

Bajo esta ciudad se pasea un Nilo.

Nada lo alimenta, sólo un limo de aguas negras.

En su honda boca tumefacta crecen náuseas,  
líquenes grumosos, pastos inflamados,  
huesos rotos de los muertos.

Bajo esta ciudad se pierde un Nilo.

En su violenta condición de boa expulsa mambas  
y excreta el látex priápico de amor indestructible  
más allá de las pomposas amatorias  
arroja el látex y el silicio  
y toda combustión de sales y residuos:  
herrumbre de los hombres, cenizas de la carne.

## Era la noche

En esta ciudad aúlla un perro. No. Es el llanto de un niño en madrugada. Un aullido quizá como del viento que arrecia presuroso contra hoja, contra palo, contra copa. Un aullido quizá como el del muerto que viene y amedrenta, y escupe sus fantasmas. Un aullido de sirenas y autos ebrios. El aullido de una fiesta: copas, baile, besos. El aullido de una fiera que gorjea: cantos, voces, almas. El aullido que repite la canción de los sexos al compás de las caderas.

Es el aullido. La noche, con sus gritos de azules y amarillos. El aullido es la quimera: bala hiriente, cuchillo amordazado. El aullido es esa forma de nombrarnos, la forma más antigua del silencio que ensuciamos en las manos.

Todas las formas del aullido son palabras. Esquirlas de palabras que nos horadan y nos queman. El aullido es la ciudad. El aullido de una perra.

Es el aullido.

Siempre el aullido de los lobos que nos cercan.

## Lluvia

A veces, un milagro cae sobre las calles,  
irrumpe a media tarde y cubre las aceras  
y les devuelve el brillo antiguo  
que, en otro tiempo, los barrios conocieron.

A veces sólo es un temporal. Algo pluvial  
o una ventisca con desiertos goterones  
que se secan a golpe de cemento y a láminas calientes.  
Aquello con que se nombra la humedad  
quizá sólo es la fiebre, la secreción del pájaro en sus alas;  
el golpe de las hojas en el viento al sacudirse el frío;  
acaso, el vaho del rocío por la mañana;  
el hondo batirse de las cosas;  
el alma sudorosa, efervescente;  
la caricia poderosa  
de lo Eterno.

## El Niño

A veces llega la lluvia a esta ciudad.

Pero no es en sus calles donde mana su agua poderosa,  
pluvial, de nube y manantiales;  
tampoco es en sus cauces donde lleva esa corriente de los rápidos  
[del Norte;  
ni acá ni allá en el desazolve, donde muestra su furia contenida de  
[tormenta.

No. No es el cauce pluvial de las aceras.  
Es el rostro de agua que golpea sobre mi cara.  
El rostro de un agua en tempestad,  
el otro rostro, lluvioso, enamorado del tifón,  
el rostro cenagoso, el rostro inundación, el rostro lluvia levanta  
[tolvaneras.

La furia de otro dios nacido de nosotros,  
la furia de otro dios contra mi rostro,  
un dios nacido contra todos,  
un dios de polución, algo lluvioso,  
como un ciego dios,  
tan niño, nacido  
de las lágrimas.



# LA ISLA DE LOS PÁJAROS



Cuando estás ausente, tu figura se dilata hasta el punto de llenar el universo. Pasas al estado fluido, que es el de los fantasmas. Cuando estás presente, tu figura se condensa; alcanzas las concentraciones de los metales más pesados, del iridio, del mercurio. Muero de ese peso, cuando me cae en el corazón.

M. YOURCENAR



Cuando un pájaro se muere ¿vuelve a nacer otra vez pájaro?

Los pájaros que hallamos una vez, ¿a dónde fueron sus alas?  
¿En qué profundos nidos se arredraron?  
¿Qué aguas de lluvia se bebieron?, ¿en qué oscuros manantiales?,  
¿bajo qué cielos se postraron para batir las alas de otros ángeles?

## Aves migratorias. Palabras para Medusa

El amor es un pájaro silvestre  
al que nadie puede enjaular

BIZET

Me gusta el cuenco de tu espalda hecho de un endecasílabo perfecto donde no puedo extrañarte.

El día amaneció lloviendo.

Adentro un reloj caminaba por tu cuarto y se detuvo a esa hora en que he dejado de quererte.

Aquí, así, hay días muertos.

En la mañana, por el campanario, amanecieron rojos pájaros sangrantes que cayeron en la noche como piedras.

Anoche los oí cantar. Anoche apenas eran aves, ángeles batiéndose en badajos y con alas palpitantes en el pecho, con lentos aspavientos y cantos derruidos.

Hoy, hay pájaros en la acera por todas partes.

Pájaros intensos que anoche eran aves. Pájaros muertos que no dejaron de cantar toda la noche.

Hoy, hay pájaros muertos en la acera.

Pájaros que ayer apenas eran ángeles, impetuosos ícaros intensos que cayeron como piedras y se fueron consumiendo.

*El amor es un pájaro silvestre*

Yo no quiero entender por qué te extraño.

Pero *hay pájaros que sueñan que son pájaros...* ciertas mitades de tu cuerpo que se parecen a la ebriedad del mundo sin tus senos, y a la otra mitad del mundo cuando pienso que puedo vivir lejos del aroma de tu sexo mientras la aurora se derrumba.

*El amor es un pájaro silvestre. Pero hay pájaros que sueñan que son pájaros...*

Ciertas mitades de tu cuerpo donde no puedo extrañarte.

El amor es un pájaro silvestre.

Pero yo no quiero pájaros que extrañen.

Ni ciertas piedras como pájaros ni ángeles feroces que nos piensen.

No. Yo no quiero los pájaros de Owen. Ni los intensos ícaros silvestres.

No. Yo no quiero estos ícaros que extrañen.

Yo no quiero más el mar ni este aire

ni estas piedras como pájaros,

lastiman.



Si un dios grita tu nombre

¿Qué pájaros, qué ángeles terrestres tendremos que invocar?

## Aves migratorias

porque estoy condenado siempre a una,  
a esa una, a esa única que me diste en el  
[viejo paraíso

GONZALO ROJAS

Tu nombre es una reina.

Una reina de piedras y cuchillos al tratar de imaginar que puedo no quererte.

Y un pequeño aluvión con lentas migraciones convulsiona cuando pretendo que puedo vivir sin extrañarte.

Hoy me despertó el canto de unos pájaros.

La bandada de estas aves pasa todas las mañanas pero, apenas hoy, su canto pudo despertarme.

Sé que son aves que vuelven del otoño, y que han estado dormidas en sus nidos mirando cómo pasa el blanco frío del invierno por sus alas acezantes.

También hoy supe que el invierno es una forma de perderte y alguna otra de la asfixia de nombrarte por mis manos.

Ayer, así nomás —y sin querer— yo supe

que la erosión de la tierra es apenas una forma de saber que, un día,

voy a ser la pena de morir porque mi nombre quiera vivir lejos del tuyo;

de sentir pasar el aire como una esquirra justa antes del frío o la sangrante arena, obsidiana o piedra pómez devastando mis soldados.

Tu nombre es una reina.

Y un pájaro carpintero me desangra mientras trato de imaginar cómo sería el mundo si dejara de quererte.

Hoy, mientras dormía, me despertaron unas aves y una cabeza de medusa esparció por mi pecho su nido de serpientes.

Trato de imaginar cómo sería el mundo si dejara de quererte mientras un enjambre de gaviotas me graznan como pájaros por tratar con sus cantos de engañarme.

Sé que la tristeza es una forma del encanto,  
otros ángeles con manos,  
ciertas sílabas sin métrica peleando por apenas seducirme.

Tu nombre es una reina,  
un endecasílabo al silencio mientras canto  
que sin ti, en este mundo, la erosión es apenas una forma de vivir.

Si ya no hay pájaros que habiten en los árboles  
¿Qué ángeles anidan en el bosque?

## Pájaros. Petirrojo

Tengo en mi boca el canto insaboro que lleva un petirrojo.

Tu voz juega a ser brasa, cal, alumbre o reseca piedra pómez corriendo por mi espalda.

Yo no quiero saber del diente de león, del sauco y gordolobo que ahuyenten mis fantasmas  
para ya no soñarte por las noches ni repetir todos tus nombres:  
daga, escorpión; revólver o estricnina mordiendo por mi dorso.

Tengo en mi boca el canto insaboro que lleva un petirrojo  
mientras tu voz juega a ser brasa, lava o alumbre, espina o cuerpo en  
extorsión, erizos y lagartos o boca sulfatada tragándose mis uñas.

Anoche, en el balcón, me dijo un petirrojo  
que un vuelo de mil sangres y caballos anida por mi dorso,  
que tu nombre es un cabello en evicción por la tibia cordillera de  
tu espalda,  
Ayer un petirrojo me dijo que yo era una pluma palpitante por mi  
sangre. Pero puse amarres, herrajes, ligaduras y, aun así, me dejé  
saltar.

*El amor es un pájaro silvestre.* Quise alcanzarlo por el aire y me sentí un pájaro de bruces, un vértigo del diablo, un simple armatoste sin sostén, un ícaro sin alas.

Pero el amor es un pájaro de bruces.

Si el vértigo fuera un pájaro que sangra. ¿Un ave de palabras, caída y al asombro?

Yo no quiero un pájaro silvestre en una jaula, tampoco a un petirrojo...

Pero sus plumas acezantes,

sus pájaros de sangre que lleva entre su sangre...

sus pájaros de sangre

no dejan de sangrar.

Anoche, un petirrojo...

El ala de un pájaro es un soplo del aire;  
tu boca, el aleteo de tu lengua sobre mi piel de pájaro.

## Pájaros. Manos

Ayer me quemé una mano.

Desaparecieron los pliegues de mi piel. Mis huellas dactilares y las partes interiores de mis dedos hoy sólo son una rareza del asombro.

Pero en mi mano aún la llama arde.

Aún su llama carboniza, su rubia salamandra echa veneno;  
arde su pájaro de sangre entre mis manos: aún canta quemante su gorjeo.

Yo no quiero perderte en la memoria de mi piel, ser una sombra en mis vasos dactilares, una tierra yerma de espaciosas geografías como un paso de ciego por tus senos.

Hoy me dijo un médico que ya nunca volveré a sentir tu piel.

Que esa parte de mi cuerpo ha dejado de pensarte.

Que un fragmento de ese tacto se ha secado en mi corazón, pero persiste vivo como un sello inmemorial, como un fósil latiendo por la reserva de mi cuerpo. Que tu vida, para esa parte quemada, y quemante, ya no existe. Que incluso tú, para esa carne en la que aún corres por mis venas, estás muerta. Que es un túnel oscuro, oscuro,



oscuro, como un paso de ciego, un candado obtuso, un sitio sin nombre por los mapas de mis poros, la fría máscara de un iceberg palpando lo invisible. O como un pozo sin fondo, lejos de caricias. Hoy me dijo un médico que esa parte de mi piel es como un pájaro sin alas, que cae de bruces sin la mordida exacta de tus senos.

Hoy un lento petirrojo se posó en la ventana de mi cuarto y vino a despertarme. Lo tomé en mis manos con sus garras... Pero, ese espacio de mi piel, que hoy, muerto, aún te ama... ¿sentirá el leve rasguño de sus patas?, ¿su implacable picotazo?, ¿el blanco pezón de su aleteo?

Hoy un lento petirrojo vino a despertarme. Pero ¿ese espacio de mi piel...?

Que nada te detenga. Ni los perros de la noche  
ni siquiera el rostro de los antiguos pájaros alados  
Ellos fueron el vuelo de los dioses  
El norte que siguieron las rutas de los vientos  
Que nada nada te detenga  
Que nos sepulten pájaros  
Que sus alas sean vestigio de esos ángeles  
del vuelo que llevamos.

## Aves migratorias. Fúnebre

Hoy me despierto con unas ganas de morirte.

Y sé que al matarte voy besándote los labios hasta comerte y devastarte. Que mis manos van erosionando cada parte de tu cuerpo y devorando noche a noche tu epidermis.

También sé que aquí en el fondo del pantano, el pozo es uno solo, que el aire es un búfalo cansado, un pájaro sin sangre queriendo resoplarte.

Quiero escribir a lápiz en tus cartas.

Ayer me dijo una escafandra que no puedo morirte. Que las mariposas son apenas unas alas en el pecho, sin vuelo, y sin aire contenidas. Que hay ciertas regiones en que el olvido es sólo el principio de la ausencia, mis puertas a las ganas de extrañarte, un vasto territorio donde abunda la tristeza.

Ayer, esa escafandra me ha dicho que vivir es sólo una forma de morirte.

Que no hay pájaros alados. Ni piedras como pájaros que aniden en el pecho. Pero hay otras geografías más desterradas, ciertos patios con ajeno donde habitan cementerios, rincones donde cantan rojos pájaros sangrantes.

*El amor es un pájaro silvestre;* una bandada de gaviotas que destroza el cuenco de mi pecho con sus plumas y no me deja respirarte.  
Hoy me despertaron unos pájaros. Y quiero escribir a lápiz.  
Hoy, la mañana me despertó con un enjambre de pájaros silvestres.  
Hoy, la mañana me ha dicho que morirte es sólo una forma de no estar.

## Última ciudad

Hoy saldré a la calle con la aurora, y propondré que se pongan a una misma hora todos los relojes; que el café de la esquina, esta mañana, regrese al mismo aroma que tenía cuando te fuiste. Pediré a los transeúntes de la casa que ya dejen de mirarme, que borren de mi frente tus fantasmas, expulsen de mis ojos tu mirada de gaviota y erradiquen de mi cuerpo tu gusto por los tigres.

Hoy saldré a la calle a pedir que me exorcicen y que me extirpen de las venas tu sangre asalumbrada; y pueda cortar las amapolas que crecen por las calles sin extrañarte en el cansancio que me arde en los meniscos. Pasaré por el lugar de los helados para saber lo que es negarte, pedir tan sólo uno y saborearlo, sin llevarte de la mano, y seguir de frente hacia el cine con un boleto. Por la tarde me sentaré sobre la acera a conversar con el asfalto y lo caliente acerca de tu ausencia y que me dueles. Después, volveré a los lugares que dejamos: la esquina, el puente, los parques, nuestro bosque, a discurrir de tu falta con los pájaros errados y a excusarme por las marcas que no se borran del abeto, a disculparte por mi boca tus promesas, y a enloquecer que no regresas aunque la gente me desuelle lapidaria. Iré a la escalinata del Calvario a desdecirte de palabra y juramentos, a conciliar por tu partida si no vuelves,

a desandar por tus pasos caminados, a pedir que nos perdonen el retorno —que tú no vuelves— que algo en esta tierra se perdió y que no regresas. Que lo que aquí una vez perdimos, para siempre, se extinguió en toda la tierra.

# Índice

## Tierra inhóspita

- 13 Trino...
- 14 Pájaros
- 15 Ataques de ansiedad
- 16 Deslumbramientos...
- 17 Icaria
- 19 Ataque de ansiedad a medianoche
- 20 Primera ascensión
- 21 Cuerpos
- 22 Ejercicios natatorios
- 23 ¿Dónde, el canto de los pájaros?
- 24 Rapsodia. Primera curación contra la ansiedad
- 25 Vuelo...
- 26 Rapsodia. Segunda curación contra la ansiedad
- 27 Convulsión...
- 28 Rapsodia. Tercera curación contra la ansiedad
- 29 Pasajero
- 30 Polvareda...
- 31 Albatros

- 33 Hojas
- 35 Confesión

## Pasajero a Ítaca

- 39 Alguien puede decir “esta es mi calle”
- 40 Ciudad adentro
- 42 ígnea
- 44 Metrópoli
- 45 Pasajero a Ítaca
- 48 El dios salvaje
- 49 Hosquedal
- 50 Pasión roja
- 51 Cuarteta
- 52 Manifestación en plaza Mayor
- 53 Nada permanece...
- 54 La Soledad
- 55 Trazos
- 56 Nomenclaturas
- 57 Acuíferos
- 58 Era la noche
- 59 Lluvia
- 60 El Niño



## La isla de los pájaros

- 65 Cuando un pájaro...
- 66 Los pájaros que hallamos...
- 67 Aves migratorias. Palabras para Medusa
- 69 Si un dios grita...
- 70 Aves migratorias
- 72 Si ya no hay pájaros...
- 73 Pájaros. Petirrojo
- 75 El ala de un pájaro...
- 76 Pájaros. Manos
- 78 Que nada te detenga...
- 79 Aves migratorias. Fúnebre
- 81 Última ciudad





*La isla de  
los pájaros*, de Oliverio

Arreola, se terminó de imprimir en agosto de 2017, en los talleres gráficos de VEI Visión e Impresión, S.A. de C.V., ubicados en Nogal núm. 51, colonia Santa María la Ribera, delegación Cuauhtémoc, Ciudad de México, C.P. 06400. El tiraje consta de mil ejemplares. Para su formación se usó la familia tipográfica *Borges*, diseñada por Alejandro Lo Celso para la fundidora PampaType. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortíz, Juan Carlos Cué y Lucero Estrada. Formación: Sara Aida Tinoco Mejía y Adriana Juárez Manríquez. Portada y supervisión en imprenta: Adriana Juárez Manríquez. Cuidado de la edición: Cristina Baca Zapata y el autor. Editor responsable: Félix Suárez.









